
Disney
Princesas
Mis películas favoritas





Mis películas favoritas









LIBROS Disney



Índice

Blancanieves y los Siete Enanitos ..... Página 6

La Cenicienta ..... Página 32

La Bella Durmiente ..... Página 58

La Sirenita ..... Página 84

La Bella y la Bestia ..... Página 110

Aladdín ..... Página 136





Pocahontas ..... Página 162

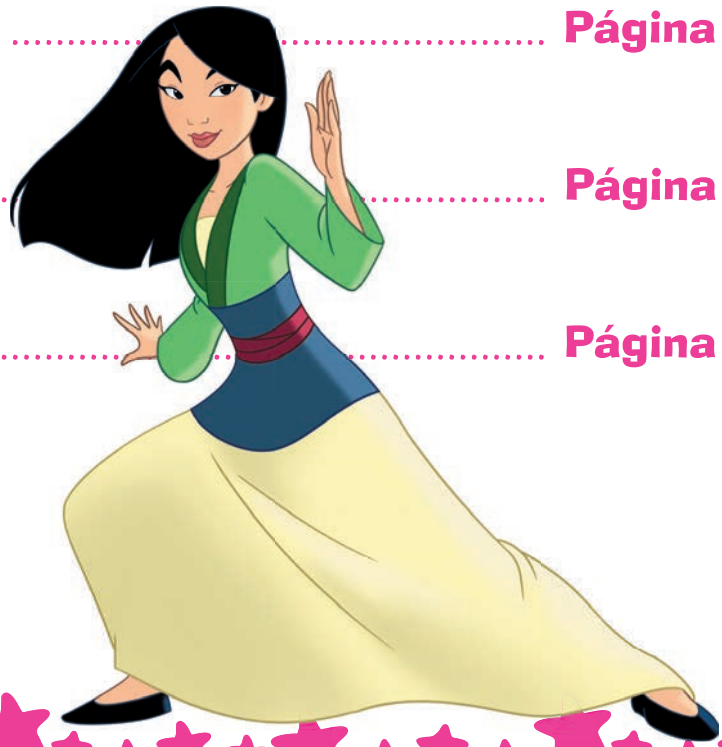
Mulán ..... Página 188

Tiana y el sapo ..... Página 214

Enredados ..... Página 240

Brave ..... Página 266

Vaiana ..... Página 292





Disney Princesas

Blancanieves y los Siete Enanitos



En un reino muy lejano vivía una princesa llamada Blancanieves. Su madre había fallecido al dar a luz. Más tarde, su padre se volvió a casar con una mujer que era muy bella pero cruel. Cuando el rey murió, la madrastra obligó a Blancanieves a vestirse con harapos.

Tratada como una criada, la muchacha se vio forzada a trabajar duro en el castillo. De este modo, la reina quería impedir que Blancanieves llegara a ser más bella que ella.

Sin embargo, a pesar de la injusticia de su suerte y el maltrato al que la sometía la reina, la joven conservaba la alegría de vivir. Hacía sus tareas con gracia y buen humor, esforzándose siempre al máximo. Su mayor deseo era enamorarse de un príncipe que la llevara bien lejos de su madrastra.

La reina, que estaba obsesionada por su propia juventud y su apariencia, poseía un espejo mágico y cada día le hacía las mismas preguntas.

—Espejo mágico, dime una cosa —le pedía incansablemente—. ¿Quién es en el reino la más hermosa?

—Majestad, sois la más bella de todas —le aseguraba el espejo.

La reina se quedaba tranquila hasta el día siguiente, pero cada mañana volvía a comprobar que ninguna otra mujer la eclipsara. Por desgracia, un día, el espejo le respondió algo distinto.

—Majestad, sois bella, pero existe una chica vestida con harapos cuya belleza supera a la vuestra —le dijo.

—Descríbemela, ¡dime su nombre! —insistió la reina, atormentada.

—Su tez es blanca como la nieve, su cabello negro como el azabache y sus labios rojos como la sangre.

—¡Maldita sea! —exclamó la reina—. ¡Es Blancanieves!



En ese mismo momento, Blancanieves limpiaba el patio del castillo. Cuando fue a buscar agua, se imaginó que el pozo concedía deseos.

—Deseo ver a mi amado... —dijo cantando—. ¡Que me encuentre pronto!

Su preciosa voz atrajo a un príncipe que pasaba por allí. Intrigado, escaló la muralla del castillo. En cuanto vio a Blancanieves, se enamoró de ella.

—Buenos días —la saludó.

Muy sorprendida, la muchacha corrió a refugiarse en el interior del castillo.

—¡Espera! —la llamó el príncipe—. Perdona, ¡no quería asustarte!

Para expresar lo que sentía, él también se puso a cantar:

—Esta melodía dice que mi alma es tuya para siempre. Por ti, yo lo proclamo, no tengo más que palabras de amor...

Desde lo alto de una de las torres, Blancanieves lo escuchaba con el cora-





zón acelerado. Al final, se atrevió a acercarse a la ventana y mirar al príncipe a los ojos. Sintiéndose seducida por aquel joven apuesto, le lanzó un beso y los dos prometieron volverse a ver.

Desde sus aposentos, la reina había visto toda la escena. Consumida por los celos, convocó al cazador del castillo.

—Lleva a Blancanieves al bosque, a un sitio aislado. Y allí, mi fiel y leal sirviente, ¡la matarás! —le ordenó.

—¿A nuestra joven princesa? —contestó él muy sorprendido.

—¡Silencio! —le ordenó la reina—. Que sepas que no te puedes equivocar. Si fallas, ¡serás condenado a muerte!

—Sí, majestad —murmuró aterrorizado el cazador.

—Y no te olvides de traerme el corazón de Blancanieves dentro de este cofre —añadió la reina mientras le entregaba una preciosa caja de madera.



El cazador se vio obligado a llevar a Blancanieves al bosque. Encantada por poder salir del castillo, se quitó los harapos y se puso una bonita falda amarilla, un corsé de terciopelo azul y una larga capa roja. Mientras cogía flores, soñaba con su príncipe. De repente, se fijó en un pajarillo asustado y se agachó en la hierba para tranquilizarlo.

—Buenos días —dijo con dulzura al pajarillo—. Mira, ¡tus padres están ahí!

A su espalda, el cazador desenfundó el cuchillo. Pero, cuando se disponía a apuñalar a la muchacha, ella soltó un grito de terror.

—¡No puedo! —exclamó el cazador poniéndose de rodillas—. Perdonadme, Blancanieves. La reina os odia y me ha ordenado que os mate. ¡Huid, niña, y no volváis nunca!

Consternada, Blancanieves se marchó corriendo por el bosque. Enseguida se hizo de noche. El bosque se llenó de sombras amenazadoras y las ramas de los árboles se agarraron a su ropa como si fueran dedos pegajosos.

Asustada y al límite de sus fuerzas, la joven acabó lanzándose al suelo y se echó a llorar. Su madrastra la quería muerta. No tenía ningún sitio adonde ir. No sabía lo que le deparaba el futuro ni si algún día volvería a ver a su príncipe...

Al amanecer, mientras el sol bañaba el bosque con sus primeros rayos, los animales se acercaron a Blancanieves con curiosidad.

—¿Qué hacéis cuando todo parece ir mal? —les preguntó ella mientras se enjugaba las lágrimas.

Los pájaros le respondieron silbando.

—¡Cantáis! —dijo ella. Y, rodeada por sus nuevos amigos, entonó una melodía.



—¡Gracias! Gracias a vosotros, ya no estoy tan triste —les confió Blancanieves a los animales—. Voy a tener que buscar refugio. ¿Conocéis algún sitio en el que pueda pasar la noche?

Dicho y hecho, sus amigos la llevaron hasta una cabaña encantadora que había escondida en un claro. La princesa se enamoró de la casita al instante.

—¡Parece una casa de muñecas de verdad! —exclamó entusiasmada.

A través del cristal sucio de una ventana, Blancanieves intentó ver el interior de la cabaña.

—¡Está oscuro! —dijo sorprendida—. Pero parece habitada...

Animada por los animales, llamó a la puerta, pero nadie le abrió.





—¿Hay alguien ahí? —dijo antes de entrar con cuidado, seguida de sus pequeños amigos.

Dentro de la cabaña reinaba un gran desorden: había ropa tirada por el suelo, los platos sucios se apilaban por todas partes y una espesa capa de polvo cubría los muebles y el suelo.

—Hay siete sillas pequeñas —contó Blancanieves observando el mobiliario—. Eso querrá decir que aquí viven siete niños y, a juzgar por la suciedad, ¡son poco cuidadosos! ¿Tal vez sean huérfanos? ¡Vamos a ordenar y así les daremos una sorpresa!

La princesa y sus amigos se pusieron a hacer las labores domésticas. Al poco rato, la vajilla estaba limpia, seca y recogida. Habían barrido el suelo y luego lo habían fregado. También habían quitado el polvo y las telarañas del techo, y ahora los cristales relucían.



Mientras tanto, los habitantes de la cabaña estaban trabajando en la mina más próxima. Pero no se trataba de un grupo de niños, sino que eran siete hermanos enanitos. Cavaban al ritmo de la música mientras buscaban diamantes resplandecientes y piedras preciosas.

Al oír que el reloj marcaba el final de la jornada, todos se detuvieron. ¡Por fin había llegado la hora de volver a casa! En fila india, Sabio, Gruñón, Feliz, Dormilón, Tímido, Mocoso y Mudito emprendieron el camino de vuelta a casa.

—¡Ay ho, ay ho! ¡A casa vuelvo yo! —cantaban todos alegremente mientras se ponía el sol.

Cerca de allí, en la cabaña del bosque, Blancanieves y los animales habían subido al piso de arriba.

—¡Qué camas tan graciosas! —exclamó ella maravillada al descubrir el dormitorio—. Y mirad, tienen los nombres tallados en cada camita.

Agotada por la noche que había pasado en el bosque y por las horas que había estado limpiando y ordenando, bostezó.

—Voy a descansar un rato —murmuró, echándose en las camas.

Sus amigos siguieron su ejemplo enseguida. Poco después, Blancanieves dormía profundamente y no oyó el canto de los enanitos, que cada vez estaban más cerca de la cabaña.

Al contrario que Blancanieves, los animales se despertaron alertados por el ruido. Salieron en estampida de la cabaña y la dejaron dormida en la habitación.

Cuando los enanitos llegaron al claro, se quedaron de piedra al ver que había luz en su casa.

—¡Recórcholis! —gritaron asustados.

—¿Quién puede haber venido mientras estábamos fuera? —dijo Mocoso sorprendido.



Armados con el pico, los siete hermanos entraron de puntillas en su cabaña.

—Mirad, ¡está todo limpio! —exclamó Sabio alarmado.

—El fregadero está vacío —dijo Mocoso sorprendido—. ¡Nos han robado los platos!

—No, los han escondido en el aparador —comprobó Feliz, estupefacto, mientras abría las puertas de los armarios.

Como no vieron a nadie en la planta baja, subieron al primer piso. Nada más entrar en el dormitorio, vieron una forma blanca que se movía. Blancanieves tenía un sueño intranquilo y se estaba estirando bajo la sábana blanca con la que la habían tapado los pájaros un poco antes.

—¡Es un monstruo! —dijo Tímido.

—¡Mirad si es grande que se ha echado encima de tres camas! —señaló Dormilón.

—¡Acabemos con él antes de que nos ataque! —contestó Gruñón enfadado.

Los enanitos se acercaron a la forma dormida con los picos en alto, listos para





atacarla... pero se detuvieron al descubrir a Blancanieves.

—¿Qué es? —preguntó Feliz.

—Es una chica —respondió Sabio.

—Es preciosa —añadió Tímido mientras se ruborizaba.

—¡Silencio! —los regañó Dormilón—. ¡La vais a despertar!

—Pues que se despierte —refunfuñó Gruñón—, ¡no tiene por qué estar aquí!

Sus gritos despertaron a Blancanieves. Mientras se levantaba, los enanitos se escondieron a los pies de las camas. Sin embargo, la curiosidad era más fuerte que el miedo y acabaron mirando fijamente a la princesa sin atreverse a hablarle.

—¡No sois niños, sino hombres pequeños! —dijo Blancanieves al verlos—. Dejadme adivinar vuestros nombres, los he leído en vuestras camas...



Blancanieves los recitó en voz alta y, después, intentó adivinar a quién correspondía cada uno según cómo eran.

—Tú eres Sabio —afirmó sin dudar al fijarse en las gafas—. Tú que te sonrojas debes de ser Tímido. Tú que bostezas eres Dormilón...

Dejó de hablar al oír estornudar a uno de los enanitos.

—¡Tú eres Mocoso, claro! —continuó—. Tú debes de ser...

—Feliz —contestó este último sonriéndole de oreja a oreja—. Y él es Mudito —añadió mientras señalaba a su hermano—. No habla.

—¡Qué lástima! —dijo Blancanieves.

Entonces, se fijó en el último enanito, que la miraba con pinta de cascarrabias.

—¡Y tú debes de ser Gruñón! —concluyó ella—. Dejad que me presente... —Se levantó e hizo una reverencia—. Soy la princesa Blancanieves y he tenido que

huir porque la reina, mi madrastra, quiere matarme. No tengo adonde ir. Pero, si dejáis que me quede aquí, me encargaré de la colada y de las tareas domésticas ¡y os haré pasteles! ¿Qué os parece?

Conmovidos por la historia de la joven, los enanitos aceptaron encantados.

Todos tenían ganas de probar la cena que les había preparado su nueva amiga, así que fueron a la mesa corriendo.

—La comida aún no está lista —los avisó Blancanieves—. Mientras esperáis, podéis ir a asearos un poco.

—No hace falta. Nos hemos lavado las manos... no hace mucho —le aseguró Sabio.

—¡Vamos, enseñádmelas! —respondió la muchacha, que tuvo que aguantarse la risa al ver las manos tan sucias de los enanitos.



Avergonzados, salieron para limpiarse en el lavadero.

—¡Ánimo, hermanos! —dijo Sabio mientras hacían muecas al tocar el agua fría.

—Pero ¿tenemos que lavarnos de verdad? —dijo Tímido disgustado.

—Claro que sí. ¡La princesa estará encantada! —lo cortó Sabio.

Sus hermanos asintieron y se frotaron enérgicamente las manos, las mejillas, las orejas... Sabio los ayudó cepillándoles la cabeza con una escoba. Sin embargo, uno de los enanitos se negó a imitar a sus hermanos: solo en un rincón, Gruñón puso mala cara.

—¡Aún no ha nacido la persona que me obligue a mí a lavarme! —refunfuñó.

En cuanto lo dijo, ¡los demás se abalanzaron sobre él y lo metieron en el agua con la ropa puesta! Ignorando sus protestas, sus hermanos se pusieron a reír y a bromear.





A continuación, le hicieron nudos en la barba y le colocaron una corona de flores en la cabeza. Ahora que ya estaban listos para la cena, se sentaron a la mesa para degustar la deliciosa sopa preparada por Blancanieves.

Lejos del bosque, en su castillo, la reina examinaba el cofre que le había entregado el cazador. Pese a estar convencida de que su hijastra ya no suponía una amenaza para ella, prefería asegurarse de ser la más bella del reino. Así que volvió a recurrir al espejo.

—Espejo mágico, dime una cosa. ¿Quién es en el reino la más hermosa?

—En la cabaña de los siete enanitos vive Blancanieves. ¡Ella es la más bella! —respondió el espejo.

—¡Imposible! —rugió la reina—. ¡Está muerta! ¡Su corazón está en este cofre!

—No es cierto —dijo el espejo—. Eso que mostráis es el corazón de un jabalí.



La reina comprendió que el cazador la había traicionado. Como había visto que no podía fiarse de nadie, decidió que ella misma se ocuparía de Blancanieves. Furiosa, bajó al sótano del castillo, donde practicaba magia en secreto. Una vez allí, elaboró una poción que la dejaría irreconocible.

—Y, ahora, ¡que se cumpla por fin el encantamiento! —exclamó, antes de tomarse el brebaje que había preparado.

La mujer profirió un grito de dolor. Dejó la copa vacía en la mesa. Ahora tenía las manos huesudas y llenas de arrugas, el cabello se le había llenado de largos mechones canosos y su capa de satén se había transformado en un manto de color negro. La reina se había convertido en una anciana horrible.

A continuación, volvió a mirar el libro de hechizos para buscar la receta de un poderoso veneno.

—¡Ya lo tengo! —exclamó extasiada—. ¡El sueño de la muerte! Un solo mordisco de manzana envenenada sumirá a Blancanieves en un sueño eterno.

Levantó la cabeza y lanzó una carcajada diabólica. Después, sumergió una manzana en el veneno del caldero y apareció una calavera en la fruta.

—Veamos —leyó la bruja en el libro—, la víctima del hechizo solo podrá ser salvada por un beso de amor verdadero. No hay nada que temer. ¡Los enanos muerta la creerán y viva la enterrarán!

Mientras tanto, ignorando las oscuras intenciones de su malvada madrastra, Blancanieves escuchaba el concierto que daban sus nuevos amigos en su honor. ¡Incluso Gruñón tocaba el piano! Mudito se subió encima de Mocoso para bailar con la princesa.



A la mañana siguiente, Blancanieves dio los buenos días a los enanitos con un beso en la cabeza. Antes de irse a la mina, Sabio le dio una advertencia:

—La reina es muy astuta, ¡es una bruja de verdad! Ten cuidado con los desconocidos y no le abras la puerta a nadie.

Tenía razones para preocuparse, ya que la reina esperaba tras un árbol a que ellos se fueran para atacar a la princesa.

Mientras Blancanieves preparaba la masa de un pastel, la reina, disfrazada de anciana, se asomó a la ventana, que estaba abierta.

—¿Estás sola? —le dijo—. ¿Qué estás preparando?

—Tartas de ciruelas —respondió la princesa, sorprendida por las preguntas.

—Deberías hacerlas de manzana. Son las preferidas de los enanitos —repuso la bruja, mostrándole su cesta—. ¡Precisamente me quedan estas por vender!

De pronto, los pájaros, que habían sido testigos de la conversación, intervinieron.





Al contrario que la joven, que no desconfiaba de la anciana, ellos sabían que esas manzanas eran peligrosas. Intentaron echar a la bruja revoloteando a su alrededor. La reina gimió y fingió estar enferma apretando las manos sobre el pecho.

—¡No os da vergüenza asustar a esta pobre anciana! —exclamó indignada Blancanieves.

Y salió corriendo de la cabaña para ahuyentarlos.

—Querida, déjame entrar en tu casa para descansar —le suplicó la reina, que seguía fingiendo.

—Siéntese —le dijo Blancanieves a la anciana mientras la acompañaba hasta la cocina—. Le voy a traer un poco de agua fresca.



Horrorizados, los animales fueron corriendo a la mina e intentaron avisar a los enanitos, pero ellos no los entendían.

—Tal vez la reina haya encontrado a Blancanieves... —supuso Dormilón, hablando entre bostezo y bostezo.

Al final, comprendieron que se trataba de una urgencia. Se montaron sobre los ciervos y galoparon hasta la cabaña.

Mientras tanto, la reina estaba a punto de hacer caer a Blancanieves en la trampa.

—Gracias, preciosa —dijo—. Como has sido tan amable, te diré un secreto. ¡Esta manzana te concederá lo que desees si te la comes!

—¿De verdad? —dijo Blancanieves.

—¡Sí! —insistió la reina—. Cómete la manzana y pide un deseo.

—Quiero que mi príncipe me lleve a su castillo y que vivamos felices —declaró antes de dar un mordisco a la manzana.

Un segundo más tarde, se cayó al suelo sin vida.

—¡Ya está! ¡Ya soy la más bella del reino! —dijo en tono triunfal la malvada reina mientras se echaba a reír.

En cuanto salió de la cabaña, empezó a caer una fuerte lluvia. La tormenta retumbaba y los relámpagos surcaban el cielo. En ese momento, los enanitos aparecieron en el claro.

—¡Ahí está! ¡Vamos a por ella, deprisa! —ordenó Gruñón al ver a lo lejos a la vendedora anciana.

Se puso a perseguirla y sus hermanos lo imitaron.

Para alejarse de ellos, la reina tomó un camino escarpado que llevaba a lo alto de un precipicio.

—¡Serán idiotas! ¿Por qué se meten? —dijo irritada la bruja.

Llegó a lo alto del precipicio y usó un palo para hacer palanca con una roca y así lanzársela a los enanitos.



—¡Atrás si no queréis que os rompa los huesos! —los amenazó.

—¡Cuidado! —gritó Gruñón.

Los enanitos no tuvieron tiempo de dar media vuelta. ¡La reina los iba a aplastar! Pero, de repente, un rayo impactó en el saliente en el que se encontraba ella. Yéndose hacia atrás, la bruja se cayó al vacío lanzando un grito que resonó por todo el bosque.

Aunque la reina no volvería a amenazar nunca más a Blancanieves, la muchacha seguía inconsciente, víctima del sueño de la muerte provocado por la manzana envenenada. Como los enanitos no se veían capaces de enterrar a su amiga, decidieron hacerle un féretro de cristal. Lo decoraron con oro y decidieron velarla día y noche.

Un día, el príncipe los fue a visitar porque llevaba tiempo buscando a la desconocida de la que se había enamorado.

Cuando oyó hablar de la misteriosa joven dormida, fue enseguida a su lecho de muerte. ¡Reconoció a Blancanieves al instante! Por desgracia, era demasiado





tarde para declararle su amor una vez más. Con tristeza, le dio un beso de despedida en los labios. Sin embargo, sin saberlo, el príncipe le acababa de dar su primer beso de amor, rompiendo así el hechizo de la reina malvada.

Blancanieves volvió en sí. Abrió los ojos y sonrió al reconocer a su príncipe. ¡Por fin se habían reencontrado! Mientras él la llevaba en brazos, la joven se despidió de sus amigos.

—¡Ven pronto a vernos! —le pidieron los enanitos.

—¡Prometido! —les dijo ella—. ¡Gracias por todo!

Cogiendo el caballo blanco por las riendas, el príncipe la llevó hasta su castillo, donde vivieron felices para siempre.